



**Título:** *Gente de Cervantes: Historia humana del idioma español*

**Autor:** Juan Ramón Lodares

**Lugar y año:** Madrid, 2001

**Editorial:** Taurus

**Páginas:** 240

## A LA MEMORIA DE JOSÉ RAMÓN LODARES

Esta reseña está escrita con algo de fastidio, con la pena de quien ha perdido a alguien cercano, aunque no haya tenido con el autor ninguna relación más allá de la lectura de sus libros. Y como toda gran relación, como las más interesantes de mi vida, se ha debido a la casualidad. Una tarde de saturación bibliográfica di con el libro de Juan Ramón durante el paseillo distraído entre las estanterías de una biblioteca. Habría que estudiar, si no se ha hecho ya, el reclamo que ejerce una portada bonita en medio de la vorágine de títulos, y Taurus suele mostrar un exquisito gusto en este sentido. El contenido de *Gente de Cervantes*, como el de los demás títulos que le siguieron, supera al continente en interés y belleza.

Juan Ramón Lodares (1959-2005) fue lingüista, escritor, profesor de lengua española de la Universidad Autónoma de Madrid y ensayista brillante. Defendió tesis polémicas que perturbaron el estado de ánimo de ciertos sectores nacionalistas de diversas

tendencias. A pesar de su juventud contaba con varios títulos interesantes como *El paraíso políglota* (2000), *Gente de Cervantes* (2001) o *Lengua y patria* (2002). Poco antes de su muerte publicó su último ensayo, que, sin desearlo, se ha convertido en una suerte de testamento intelectual: *El porvenir del español* (2005), en el que analiza y hace frente a las oportunidades y a los desafíos de nuestra lengua en el siglo XXI. He elegido, sin embargo, destacar *Gente de Cervantes* porque fue el primer ensayo de su obra que me llegó a las manos, y de todos es sabido que la primera impresión es muy importante.

Pertenece a esa gente de Cervantes quien escribe estas líneas y quien pueda leerlas. Un club amplio, dinámico, mestizo y del que participamos unos cuantos cientos de millones de personas. Lodares, en su obra, narra la historia de las gentes que forman esta pintoresca gran familia y lo hace con profundidad, rigor y un sentido del humor e ironía que convierten su lectura en enriquecimiento personal y deleite. Enriquecimiento en cuanto ilustra nuestra propia historia y la de quienes nos precedieron, y deleite porque es francamente un libro amable y

divertido, de esos que te hacen pasar un mal rato cuando se suelta la carcajada en un lugar que invita al silencio.

En este ensayo se narran las peripecias de las innumerables personas que contribuyeron a que una lengua romance surgida en el norte de la Península Ibérica (de eso se sabe algo en esta pequeña comunidad de La Rioja) se convirtiera con el tiempo en una de las *primeras espadas* entre las lenguas del mundo. El autor, además de fundamentar sus tesis con gran profusión de datos, las salpica con anécdotas vivaces, como las que hacen referencia a las estrategias de evangelización en lengua autóctona por parte de los clérigos españoles. No sé si calificarlas de ingeniosas, cómicas, patéticas o todo a la vez, pero en cualquier caso muy amenas.

Lodares no pasa por alto la dimensión americana del español, un idioma que no nos pertenece exclusivamente a los peninsulares, y que, en contra de lo que se suele decir, no se expandió por una oscura voluntad imperialista sino por razones mucho más prácticas. El ingenioso hidalgo manchego es patrimonio común de, pongamos por caso, un escolar de Tucumán, un agricultor colombiano o los catedráticos de filología que pueblan nuestra vieja piel de toro, de la misma manera que la obra de Borges, Neruda, García Márquez o Vargas Llosa nos

pertenece a los hablantes nacidos en la península. Y es que, como muy bien señala don Julián Marías, otros muchos estudiosos y el propio sentido común, España no se puede entender sin América y viceversa.

El desaparecido autor, haciendo uso de su arsenal filológico y su fina ironía, analiza la historia de los hablantes de un lado y otro del Atlántico. Y no se conforma con un análisis de la historia pasada sino también de la perspectiva del idioma, pues nuestra lengua se ha mostrado capaz de aceptar en su regazo a gentes de muchos rincones del mundo y, si esto se toma en serio, inmuniza contra las tentaciones particularistas y excluyentes. Incluso se aventura a proponer una revisión de los lazos entre hablantes de español y lusófonos (que nos ayudaría a solucionar nuestro síndrome del brazo amputado, que es como denomina José Saramago la dolencia que afecta a los habitantes de Iberia –especialmente a los españoles- y por extensión a nuestros hermanos americanos), pero esto nos llevaría por otros derroteros.

Lectura interesante, por tanto, agradable y entrañable como la visión de un álbum de familia. Sigamos la pista de su obra, no creo que defraude. Muchas gracias, José Ramón, descansa en paz.

Íñigo Val